

DISCURSO

SOBRE LOS PERNICIOSOS EFECTOS DE LA EMPLEO-MANIA.

Administradores, hacendados, políticos, togados, cortesanos, militares, todos pretenden satisfacer el lujo por empleos lucrativos. Todos quieren dominar, o servir al publico, segun dicen, y nadie quiere ser de este publico, los abusos crecen y todo se empeora.

D'ARGENSON, *Mem.*

La mala intelijencia que se ha dado al principio de la *igualdad legal* ha sido casi siempre el orijen de innumerables disgustos y de pesimos resultados en los pueblos que han adoptado el sistema representativo. El titulo de hombre se ha querido que sea suficiente para ocupar todos los puestos publicos, se ha pretendido pasar el nivel por todos los individuos de la especie humana, y a la igualdad de derechos se ha sustituido la de condiciones, sosteniendo que la virtud debe descender al nivel del vicio, la ignorancia ocupar lugar al lado de la ciencia, y la miseria tener el mismo ascendiente que la riqueza. Partiendo de tan errado y perjudicial principio, se ha creído

debían multiplicarse todos los empleos hasta el grado que fuese posible, para contentar la ambicion de todos los que quisiesen pretenderlos, y satisfacer con su posesion el derecho quimerico de la igualdad absoluta. La propension insaciable del hombre a mandarlo todo, y vivir a costa ajena con el menor trabajo posible, auxiliadas de estas absurdas y antisociales doctrinas, lejos de disminuirse con el aumento progresivo de los puestos publicos, y la creacion de nuevos empleos a que aspirar, ha adquirido nuevas fuerzas, y ha hecho de la administracion un campo abierto al favor, a las intrigas y a los mas viles manejos, introduciendo un trafico escandaloso e inmoral entre los dispensadores de las gracias y los mas viles cortesanos.

* Una nacion que ha llegado a este grado de corrupcion, no solo está muy proxima a ser el teatro de las mas grandes maldades, sino que compromete tambien las libertades publicas, que no pueden sostenerse sino por las ideas de independencia personal y libertad del ciudadano, por el amor al trabajo personal y al lucro que proporciona la industria, y por las virtudes que produce el desprendimiento de los focos de la intriga y la amortiguacion de las propensiones ambiciosas.

La verdadera libertad no consiste en mandarlo todo y vivir a espensas del tesoro publico, sino en estar remoto de la accion del poder y lo menos sometido que sea posible a la autoridad. El hombre ensancha su libertad, no cuando domina mas, sino cuando es menos dominado, cuando sus facultades tienen menos trabas, y cuando ha logrado remover un numero mayor de los obstaculos que se oponian al goce y posesion del fruto de su trabajo y de su industria. Hacer consistir la libertad en el ejercicio del poder, y en la participacion de la autoridad, es una cosa tan perniciosa como impracticable; cada uno en esta suposicion obraria sobre los demas en razon de su actividad, es decir, muy poco, y a su vez tendria que sufrir la

accion de todos los otros ; así es que no pudiendo ser el hombre sino una fraccion pequenísima de la sociedad , obraria poco y padeceria mucho , o por mejor decir , sus goces no tendrian comparacion con sus padecimientos.

Un gobierno es tanto mas liberal , cuanto menos influye en la persona del ciudadano , y esta es tanto mas libre , cuanta menos relacion tiene con los agentes del poder. Hacer pues a los ciudadanos dependientes del gobierno mas de lo que debe ser , y aumentar considerablemente el influjo ministerial , es socabar las bases del sistema , y este es el resultado necesario de esa tendencia a vivir de empleos cuando se hace general en una nacion. La empleomania ; por la creacion de los empleos , pone a disposicion del poder , siempre enemigo de la libertad , una gran masa de fuerza con que oprimirla ; y al mismo tiempo degrada a los ciudadanos , los envilece y desmoraliza. Así es como el vigor de la autoridad por una parte , y la debilidad del subdito por otra , hacen venir a tierra los sistemas de gobierno mas bien calculados y que a primera vista parecian solidamente contruidos sobre bases in-contrastables.

Que todo gobierno , cualquiera que sea su clase , por su esencia y naturaleza tienda a la destruccion de la libertad de los pueblos , es una verdad tan patente que nadie puede dudarla ; el amor del poder y el deseo de su acrecentamiento no pueden ser estacionarios , obtenido un grado de fuerza y autoridad se piensa en adquirir otro nuevo ; así pues si no se encuentra una tenaz y positiva resistencia que oponga un dique a la accion siempre progresiva del poder , los ciudadanos quedaran en todo dependientes de el y sujetos a la voluntad de sus depositarios. Todo lo que sea aumentar la influencia del que manda , mas allá de lo que exige el orden y tranquilidad para el sosten de la sociedad , es poner en gravísimo peligro los intereses y derechos de los pueblos.

¿ Y quien puede dudar que la propension de los ciuda-

danos a ocupar los puestos publicos y multiplicarlos sin termino haya de dar necesariamente ese resultado ? Lo que la masa de una nacion quiere , bueno o malo , util o perjudicial , es necesario que sea : podrá en hora buena la voluntad publica no ser conforme con las reglas del orden , de la justicia y de la prosperidad publica , y esto es lo que sucede cuando la perversidad ha logrado estraviarla ; pero no por esto es menos cierta y segura su eficacia. Así pues , si el espíritu y las ideas populares que dominan en una nacion , son las de vivir y buscar la subsistencia y consideracion en los empleos , estos se multiplicaran de un modo prodijioso sin arbitrio ninguno para evitarlo. Los cuerpos legislativos decretaran su creacion , los ciudadanos influiran a todas horas y por todos los medios imaginables en los representantes para conseguirlo , y los agentes del gobierno aplaudiran una conducta que les proporciona ascensos y colocaciones. Cada uno verá en la creacion de un nuevo puesto ensanchada la esfera de su esperanza , y no omitirá diligencia para darle mas amplitud. De este modo al mismo tiempo que se escita la ambicion , se procuraran los medios de satisfacerla , y estos pondran en manos del poder una gran masa de fuerza con que oprimir las libertades publicas.

En efecto , de los medios de influjo que se conocen entre los hombres , los mas poderosos son los de la gratitud y obligaciones que producen las gracias , favores y beneficios. El que puede dar mucho está seguro de mandar , pues sus criaturas y dependientes que le son naturalmente adictos , por el orden natural de las cosas , y por los principios de accion que todos conocen en el corazon humano , jamas podran separarse de su voluntad. Ella será la regla y norma que tendrá siempre a la vista para obrar. La esperanza de obtener nuevos adelantos en su fortuna o de mantenerse en el puesto , y el temor de ser separados de el o castigados de otra manera por su señor , seran otros tantos motivos que unidos a los de gratitud

estrecharan de un modo indisoluble a estos con aquel, identificando absolutamente sus opiniones e intereses.

Este mal que en los particulares de grande fortuna se halla neutralizado por la accion de la autoridad publica, no puede tener en esta correctivo cuando el coloso de la administracion ha sentado el pie en todos los puntos del territorio, y se halla consolidado y robustecido con una serie de dependientes, ligados todos entre sí por ideas comunes e intereses reciprocos, y estrechamente adheridos al poder que reconocen por centro y unico esclusivo.

Desde que el gobierno puede estender su influencia a las elecciones populares, y hacer obtengan en ellas sus adictos y partidarios; las libertades publicas perecieron, o estan en riesgo muy proximo de acabar. Si los jueces natos de la autoridad, si los que han de castigar sus excesos y enfrenar sus arbitrariedades se elijen y escojen entre sus amigos; es tan claro como la luz del medio dia, que sea cual fuere la forma de gobierno, el despotismo quedará entronizado y la libertad destruida. Aora bien: este mal es infinitamente temible con la multiplicidad de empleos repartidos por todas partes, y con el aspirantismo cuando este ha penetrado en la masa de la nacion; los primeros con halagos o amenazas, y tal vez con abiertas y positivas violencias, obligan a un pueblo timido e incauto, a sufragar por los suyos, es decir, por aquellos de quienes nada puede temer la autoridad. Esta seduccion tiene un efecto mas seguro cuando el derecho de sufragio se concede a las clases mas infelices, cuyos habitos han sido de la obediencia mas servil, a los que desplagan mas audacia y atrevimiento: entonces es seguro el triunfo de los agentes del poder, así como la impunidad de sus atentados y crímenes, por haberse hecho ilusorios los medios de contener aquellos y castigar estos.

Mas no solo los que ocupan los puestos, sino tambien los que aspiran a ellos y tienen esperanza de obtenerlos,

se venden al gobierno, ocultan sus dilapidaciones, y se prestan a sus miras. Mil veces ha sucedido, especialmente entre las naciones que no exigen la propiedad como condicion indispensable para el ejercicio de los derechos politicos, que los representantes de los pueblos haciendo traicion a sus deberes, por optar un destino al concluir su comision, se prostituyesen cobardemente a proyectos de ambicion ajena y vendiesen con la mayor y mas reprehensible vileza los intereses nacionales. Este ejemplo y sus funestos resultados repetidos con demasiada frecuencia, demuestran del modo mas claro y evidente lo temible que se hace el gobierno cuando la empleo-mania, por constituir el espiritu publico de una nacion, le presta armas tan poderosas. Se empieza por alagar las pasiones y procurar la comodidad de algunos, y se acaba por destruir la libertad de todos.

¿Pero es probable, se nos dirá, esa propension en casi todos los hombres para multiplicar los empleos, y para obtener uno de ellos que proporcione el brillo y la subsistencia? En ciertas circunstancias no solamente es verosimil, sino enteramente segura. Cuando un pueblo ha sacudido el yugo de la opresion y de los privilegios que estancaban la administracion publica en pocas y determinadas manos: cuando los puestos de influjo y de poder han dejado de ser el patrimonio de algunas familias o clases: ultimamente cuando se ha abierto la carrera a la virtud y al merito admitiendo a todos los que sean aptos, sea cual fuere su clase y condicion, al ejercicio de la autoridad, entonces es cuando mas se corre ese riesgo. Las naciones no por mudar de gobierno cambian inmediatamente de ideas; las que se recibieron del rejimen opresor subsisten por mucho tiempo: así es que, como en este el unico medio de hacer fortuna y adquirir consideracion, era la ocupacion de los puestos que estaban reservados a las clases privilegiadas, en la variacion de sistema no se procura adquirir importancia, sino apoderandose

de ellos, y como los que antes existían, aunque pocos en número, bastaban a satisfacer la ambición de los que los pretendían, por ser estos la clase menos numerosa de la sociedad, no era necesario multiplicarlos sin término; mas cuando ha podido aspirar a ellos la multitud, y cada cual se cree, no solo con facultad sino también con derecho de obtenerlos, para contentar a todos es indispensablemente precisa la creación de nuevos destinos, sin necesidad ninguna de la administración y con positivo perjuicio del Estado.

La falta de moralidad en los hombres es la ruina de las naciones; cuando los vicios destruyen la fuerza y el temple de una alma varonil ocupando el lugar de las virtudes, la libertad no puede sostenerse mucho tiempo. ¿Y qué virtudes pueden esperarse de un pretendiente que en su alma abatida abriga todos los vicios? El es eterno y constante adulator de aquel de quien espera su colocación; jamás tiene opinión propia, pues acostumbrado a mentirse a sí mismo y a los demás, y a tener en perpetua contradicción sus ideas con sus palabras, calcula lo que le conviene manifestar, y cambia de opiniones y de conducta con la misma facilidad que el camaleón de colores; ingrato por principios olvida los servicios que se le han hecho cuando llega a entender que su benefactor no puede serle ya útil, o teme que las relaciones con el contraídas puedan disminuir el afecto de aquel a quien consagra de nuevo sus adulaciones y bajezas, y de quien recibirá con la más constante resignación toda clase de vejaciones y desprecios mientras pueda necesitarlo. Enemigo por necesidad de todos los que le hacen sombra, está siempre poseído del odio y de la aversión, no omitiendo diligencia para desacreditar a sus contrincantes, procurando hacerlos odiosos a los dispensadores de las gracias, fomentando chismes y enredos, alterando por mil caminos la buena armonía que debe reinar entre los ciudadanos, y perturbando el reposo y orden de las familias. Este bos-

quejo imperfecto de lo que es un aspirante, pues el entendimiento humano es incapaz de seguirlo en todas sus sendas tortuosas, ni contar el número indefinido de sus extravíos, intrigas y maldades: este bosquejo, repetimos, podrá en alguna manera conducir al conocimiento de lo que será una nación compuesta de una muchedumbre de ellos. ¿Qué clase de instituciones ni sistema podrá plantearse con hombres inmorales? ¿Ni como podrá aspirar ningún pueblo a los gloriosos días de Roma en que las virtudes de Camilo, de los Scipiones, de Quinto Fabio, Cincinato y Catón sostuvieron la libertad, cuando se halla encorbada bajo el dominio de hombres poseídos de todos los vicios, que forman el carácter distintivo de los eunucos en los tiempos más bajos del imperio? La libertad es una planta que no puede germinar sino en terreno vigoroso; el fango y la inmundicia son incapaces de nutrirla.

El trabajo, la industria y la riqueza son las que hacen a los hombres verdadera y solidamente virtuosos, ellas poniéndolos en absoluta independencia de los demás, forman aquella firmeza y noble valor de los caracteres, que resiste al opresor y hace ilusorios todos los conatos de la seducción. El que está acostumbrado a vivir y sostenerse del fruto de su trabajo, de sus rentas y capitales sin necesidad de abatirse ante el poder, ni mendigar de él su subsistencia, es seguro que jamás se prestará a secundar miras torcidas, ni proyectos de desorganización ni tiranía. Ahora bien, estas tres fuentes de la independencia personal y de las virtudes sociales son necesariamente obstruidas por el aspirantismo y empleo-mania.

No hay ciertamente cosa más opuesta a la laboriosidad del hombre, que el deseo o la ocupación de los puestos; todos ellos se consideran y son efectivamente un medio de subsistir sin afanes, y pasar como vulgarmente se dice una vida descansada. El empleado, aun el más cargado

de ocupaciones, trabaja infinitamente menos que el artesano o labrador mas descansado; como al fin del mes o año se le ha de acudir con su asignacion, haya hecho mucho, poco o nada, y como esta es fija, sin aumento ni disminucion, carece del verdadero estímulo que impele al hombre a trabajar, a saber el adelanto progresivo de su fortuna y el aumento de sus goces. Todas las miras de un empleado se reducen a procurarse algun ascenso o jubilacion que deje vacante el puesto para otro que lo pretende, y a el lo exima de las comodisimas obligaciones que debe desempeñar. Si no obtiene lo uno o lo otro, se desata en quejas amargas, en criticas infundadas y en murmuraciones descomedidas; el favor que se le ha hecho en ocuparlo y proporcionarle los medios de subsistir con un descanso que no le habria sido facil procurarse en otra parte, lo considera como un merito extraordinario que debe ser premiado; finalmente, las ideas que tiene de si mismo son tan erradas y tan perniciosos los hábitos que contrae, que ellos solos bastan para arruinar una nacion, si esta clase llega a ser la preponderante.

Es verdad que no faltan, especialmente entre los majistrados, hombres laboriosos muy dignos de toda consideracion por sus notorios y constantes servicios, por la pureza de su manejo, y que en razon de la independencia en que se hallan de la autoridad, jamas pueden amenazar a las libertades publicas, que por el contrario apoyan y sostienen; no son estos ciertamente los empleados de que hablamos, sino de esa turba despreciable que en todos tiempos y ocasiones no ha tenido otra ocupacion que oprimir y vejar a los pueblos sosteniendo todas las iniquidades de sus amos, formando partidos exajerados, y causando sediciones y alborotos en los lugares que sin ellos permanecerian pacíficos y tranquilos. Estos son ciertamente no solo enemigos del trabajo, sino tambien destructores de la industria.

En efecto, la observacion mas constante manifiesta que

cuanto mas fuerte es el espíritu de ambicion, tanto mas debil debe ser el de la industria. Una misma poblacion no puede estar al mismo tiempo animada de propensiones tan contrarias, y el deseo de los empleos escluye las cualidades necesarias a la industria. Es digno de notarse hasta qué punto la costumbre de vivir de sueldos destruye la capacidad de invencion y de perfectibilidad. Se ve con mucha frecuencia entre hombres de talento y de excelente disposicion aspirar a conseguir un puesto y sentir profundamente la perdida de un empleo, que estaba muy lejos de darles lo que hubieran podido adquirir facilmente por el ejercicio de una profesion independiente. La posibilidad de adquirir un caudal por el uso y ejercicio activo de sus facultades, no equivale en concepto de estos, al sueldo corto, pero fijo y seguro que han perdido: no sufren la idea de tener que deber a si mismos su existencia, de hallarse compelidos a hacer esfuerzos para asegurarla, y con facultades reales y poderosas no saben como obrar para socorrer sus necesidades, semejantes a las aves criadas en el cautiverio que si llegan a adquirir su libertad no saben buscar el alimento ni proveer a sus necesidades, y perecen en medio de las mieses.

El gusto pues de los empleos altera profundamente las facultades activas de un pueblo, destruye el caracter inventivo y emprendedor, apaga la emulacion, el valor, la paciencia y todo lo que constituye el espíritu de industria. Mas no son estos los unicos golpes que ella recibe; innumerables brazos ocupados innecesariamente, unos en la administracion publica, y otros en aspirar a tener parte en ella, y que podrian darla impulso por la creacion y multiplicidad de efectos que aumenten la masa de la riqueza publica, se constituyen en la mas perniciosa y permanente inaccion, y ademas perjudican al progreso de los capitales, pues no bastando los empleos necesarios a contentar tanta ambicion, se crearan otros inutiles y gravosos que entorpezcan los movimientos de la sociedad,

turben sus trabajos y retarden el adelanto de las riquezas.

En efecto, todo lo que sea retirar capitales de la circulación y destinarlos al consumo, es secar en su orijen las fuentes de la riqueza nacional y derrocar las bases de la prosperidad pública. La creación de empleos innecesarios exige dotaciones cuantiosas, estas no pueden hacerse efectivas sin el aumento de contribuciones que causa la destrucción de los capitales. Desde que una cantidad cualquiera de riqueza se destina a un uso improductivo, se debe tener por destruida y lo es efectivamente. Ahora pues, no hay cosa que menos produzca que los empleados innecesarios, ni hay cosa que mas aumente su creación que el aspirantismo y empleo-mania. Que la prosperidad pública no pueda sostenerse sin la existencia de los capitales, es una cosa bien clara. Cuando faltan los medios de pagar los gastos públicos y de dar ocupación al jornalero, no puede haber administración que contenga los crímenes que necesariamente deben multiplicarse. La razón es sencillísima: la necesidad imperiosa de la subsistencia diaria es absolutamente indeclinable, superior a cuantas pueden imaginarse, y la primera de todas. Aquel o aquellos pues que no alcancen a satisfacerla por los medios legales, necesariamente se han de valer de los ilícitos, y convertirse en malechores que en tiempos revueltos formaran cuadrillas y tomaran un carácter político.

Vease pues hasta donde pueden llegar los efectos de la empleo-mania, y cuanto tiene que temer una nación sus perniciosos resultados. Los pueblos deben convencerse de que así como todo lo pueden y nada es capaz de resistir a su voluntad, es también cierto que esta no es siempre justa y acertada. Si se quiere contrariar la naturaleza de las cosas, si se intenta que todos sirvan y gobiernen a un pueblo, y nadie pertenezca a él, si se pretende establecer la libertad y el orden por los medios que la destruyen, es-

tos se pondrán en acción sin que nadie pueda impedirlo; pero su efecto será contrario al que se pretende obtener, pues las leyes invariables del autor de todo lo criado podrán siempre mas que el capricho del agente.